

Las cimas

Alejamiento inverso.

Otra era la vez. De suerte que de nuevo el niño viajaba hacia el lugar donde mucha gente hacía la grande poesía. Venía, con todo, solo con el tío, y era una ardua partida. Entrara medio aturcido en el avión, al azar tropezante, lo envolvía desde dentro un calor como cansancio; cuando le hablaban, fingía apenas que sonreía. Sabía que la madre estaba enferma. Por eso le mandaban lejos, seguramente por demorados días, seguramente porque era necesario. Por eso habían querido que trajese los juguetes, la tía le entregó incluso en la mano el preferido, que era el que daba suerte: un muñequito monito, de zapatos pardos y sombrero rojo con pluma alta. Antes, su lugar fuera la mesita de su cuarto. Si pudiera moverse y vivir como nosotros, fuera el más ridículo y artero de este mundo. Al niño le daba más miedo a medida que los otros más bondadosos con él se mostraban. Si el tío, bromeando, lo animaba a mirar por la ventanilla o escoger alguna revista, sabía que el tío no estaba siendo del todo sincero. Otros sustos había. Si pensara en el recuerdo de su madre, a llorar comenzaría. La madre y el sufrimiento no cambian de sopetón en el espacio; formaban reversos — de lo horrible de lo imposible. Ni siquiera eso lo entendía, mientras todo daba vueltas en su cabecita. Era así: ¿algo, mayor que todo, iba a ocurrir?

Ni valía la pena mirar, corriendo en direcciones contrarias, las nubes superpuestas, a lo lejos. ¿También, todos, hasta el piloto, acaso no estaban tristes, a sus maneras, y solo de mentira en su normalidad, alegres? El tío, con una corbata verde, con la que se limpiaba los anteojos, seguramente no iba a tener puesta esa corbata tan bonita, si a la madre el peligro no amenazara. Pero el niño concebía el remordimiento de tener en el bolso el muñequito monito, divertido y sin mudar, solo por juego, y con la alta pluma en el sombrero rojizo. ¿Debía tirarlo? No, el monito de calzados pardos era también tal menudo compañero, y no merecía maltratos. Desprendió solamente el sombrero con la pluma, y este, sí, jugó, y ya no había más. Y el niño estaba muy dentro de él mismo, en algún rincón de sí. Estaba bien echado para atrás. Él, sentado, el pobrecito.

Cuánto deseaba dormir. Deberíamos poder parar de estar tan despiertos, cuando fuera necesario, y dormir seguros, a salvo. Tuvo que volver a abrir de par en par los ojos, en vista de las nubes que ensayaban esculturas efímeras. El tío miraba el reloj. Entonces, ¿cuándo llegaban? Todo era, todo el tiempo, más o menos igual, unas y otras cosas. Nosotros, no. ¿La vida no se detenía nunca, para que pudiéramos vivir en directo, en armonía? Hasta el monito con sombrero iría a conocer del mismo modo el tamaño de aquellos árboles, del bosque, vecinos al terreno de la casa. Pobre monito, tan pequeño y solito, tan sin madre; lo tomaba, en el bolso; parecía que el monito agradecía y, ahí dentro, en lo oscuro, lloraba.

Pero la madre fuera la única alegría de momento. Si hubiese sabido que un día la madre se iba a enfermar, entonces hubiera permanecido siempre junto a ella, mirándola, con vigor, de manera que supiera que estaba y que la miraba con tanta fuerza, uy. Ni siquiera hubiera jugado, nunca, ni hecho cosa alguna, sino solo permanecer cerca, sin separarse ni por un respiro, y sin necesidad de que pasara algo. Del mismo modo como lo hace ahora en el corazón del pensamiento. Qué manera de sentir: con ella, más que si estuvieran juntos incluso, de veras.

El avión no cesaba de atravesar la claridad enorme, volaba el vuelo — que parecía estar detenido. Pero en el aire pasaban peces negros, seguramente hacia más allá de aquellas nubes: dorsos y garras. El niño sufría sufriendamente. Era como si el avión estuviese volando detenido — y volviendo atrás, pero, y él junto con la madre, sin que nadie supiera, antes, que cosa tal fuera posible.

Aparición del pájaro.

En la casa, que no había cambiado, entre y delante de los árboles, todos comenzaron a tratarlo con sumo cuidado. Decían que era una pena que no hubiera ahí otros niños. Sí, les daría a ellos las diversiones: no quería divertirse, nunca más. Apenas la gente se divertía, descuidada, las cosas nefastas se ponían a armar ya el ensañamiento de ocurrir: ellas nos esperaban tras las puertas.

Tampoco daban ganas de salir en jeep, con el tío, por el polvo, tierra y gente. Se sujetaba al máximo, con los ojos cerrados; el tío decía que no tenía que agarrarse con tanta fuerza tensa, sino dejar el cuerpo ir y venir con los sobresaltos del carro. Si se enfermara, grave, también, qué fuera — ¿cómo iba a quedar, más lejos de la madre, o más cerca? Ni siquiera quería hablar con el monito muñequito. El día, entero, nomás servía para distraerse del cansancio.

Incluso así, de noche, no comenzaba a dormir. El aire de ese lugar era frío, más fino. Tendido en la cama, el niño se sentía asustado, con el corazón dando golpes. La madre, es decir... Y no podía luego dormir, y por dicha causa. Lo mudo, lo oscuro, la casa, la noche — todo andaba despacio hacia el otro día. Aunque quisiéramos, nada podía parar, ni volver atrás, a lo que ya sabíamos, y queríamos. Él estaba solito en el cuarto. Pero el muñequito monito no estaba ya en la mesa de cabecera: el camarada estaba, sobre la almohada, con la guatita hacia arriba, las piernas extendidas. El cuarto del tío quedaba al lado, tras la pared estrecha, de madera. El tío roncaba. El monito, también casi, vuelto un viejo muy niño. ¿Algo a la noche le estuviésemos robando?

Y, al despuntar el día, en el no-estar-ya-dormido y no-estar-aún-despierto, el niño recibía una claridad de juicio — hecho un soplo — dulce, suelta. Fuera casi como asistir a las certezas memoradas por algún otro; era como una suerte de cine de desconocidos pensamientos; como si él pudiera copiar en la mente ideas de gente grande. Tanto que, por ahí, desaparecían, deshilachadas.

Pero, en aquel despuntar, él sabía y encontraba: que la gente nunca podría apreciar, justamente, incluso, las cosas bonitas o buenas, que ocurrían. A veces, porque sobrevenían de prisa e inesperadamente, ni siquiera cuando estábamos enrumbados. O, si esperadas, entonces no tenían gusto de tan buenas, eran solo un remedo charcha. O, porque las otras cosas, las nefastas, seguían, de un lado o del otro, no dejando limpio el lugar. O porque incluso faltaban otras cosas, ocurridas en diferentes ocasiones, pero que no llegaban a configurarse con aquellas, completamente. O, porque, aun estando ocurriendo, sabíamos que ellas ya estaban andando, para acabarse, roídas por las horas, descompuestas... El niño no podía permanecer más en la cama. Estaba ya agarrando la ropa, tomaba al monito y lo introducía en el bolso; estaba con hambre.

El alpendre era un pasadizo, entre el terrenito más el boque y el otro lado extenso — aquel oscuro campo, bajo rasgos, neblinas, hecho un hielo, y las perlitas de rocío: para ir hasta el fin de la vista, la línea del cielo de este, en la extrema del horizonte. El sol todavía no venía.

Pero sí la claridad. Las cimas de los árboles se doraban. Los árboles altos tras el terreno, aún más verdes, que el rocío lavara. Entremañana — y un perfume en todo, y pajaritos piando. De la cocina: traían café.

Y: — “¡Pst!” — apuntóse. A uno de los árboles llegó un tucán, con blando batir horizontal. ¡Tan cerca! El alto azul, las ramas, el iluminado amarillo de vuelta y los tantísimos rojos dulces del pájaro — tras su vuelo. Cosa de verse: grande, ataviado con adornos, el pico se parecía a la flor de la orquídea. Saltaba de rama en rama, comía del árbol cargado. Toda la luz era suya, y la humedecía con su colorido, en momento en que brincaba en medio del aire, colgando, espléndidamente en suspenso. En la cima del árbol, en los pequeños frutos, *tuco, tuco...* por ahí se limpiaba el pico en las ramas. Y, con los ojos arremangados, el niño, sin siquiera poder asegurar para sí el fugaz instante sino sólo en los silencios de unos-y-tres. En el ningún hablar. Hasta el tío. El tío, también, estaba con gusto por aquello: limpiaba los anteojos. El tucán se paraba, oyendo a otros pájaros — quién sabe si sus hijos — del lado del bosque. Con el gran pico hacia arriba, a su vez, a la una o a las dos, aquel grito medio metálico de los tucanes: — “¡Crrée!... El niño ya estaba a punto de comenzar a llorar. Mientras tanto, cantaban los gallos. El niño se acordaba sin recuerdo alguno. Mojó todas sus pestañas.

Y el tucán, al vuelo, recto, lento — cómo si volara lejos, ¡oh, uy! — admirables, colores inminentes, en la elegancia; de sueño. Ya no podíamos dejar de ver, pero. Ya apuntaban para el otro inmenso lado. Entonces, el sol ya quería salir, en la región de la estrella del alba. La orilla del campo, oscura, como un muro bajo, hendíase, en un punto de estallados bordes, tal rombo dorado. Por ahí se balanceó hacia arriba, suave, despacio, el medio-sol, el disco, el franco, el sol, la luz de todo. Era ahora la esfera de oro equilibrándose en lo azul de un hilo. El tío miraba el reloj. Tanto tiempo que eso el niño ni exclamaba. Con la vista cada sílaba del horizonte apañaba.

Mas no podía combinar con el vertiginoso instante la presencia del recuerdo de la madre — sana, uy, sin enfermedad alguna, nomás alegre ella tendría ahí que estar. Y sin siquiera la ligereza de la idea de sacar del bolso al compañero muñequito monito, para que viese también: al tucán — el señorcito rojizo, como aplaudiendo, al frente su pico empinado. Como si en cada parte y pedacito de su vuelo permaneciera suspenso, en el trecho y en lo imposiblecillo del punto, ni en el aire — por ahora, sin fin cada vez, y siempre.

El trabajo del pájaro.

Así, el niño, en el día, afligido, peleaba con lo que no quería querer en sí. No soportaba atender, en crudo, a las cosas, como son, y como siempre van siendo: más pesadas, más cosas — cuando son observadas sin precaución. Temía saber noticias; ¿temía a la madre en el mal espejismo de la enfermedad? Aunque se obstinase, no podía pensar para atrás. Si quería atinar con la madre enferma, mal, no conseguía articular el pensamiento, todo en la cabeza daba vueltas en un bosquejo. Su madre era su madre, solamente; nada más.

Pero esperaba; por lo bello. Estaba el tucán — sin tacha — en vuelo y pausa y vuelo. De nuevo, de mañana, encaminándose solo a aquel árbol de copa alta, de la especie llamada por demás tucanera. Y despuntando el día, su aliento dorado. Cada madrugada, a esa horita, el tucán, gentil, rumoroso: llególlególlegó... — en vuelo directo, calmo, corto, trazado suave en el aire, casi como una pequeña nave colorada batiendo despacio sus alas, impulsada; tan cierto en la llanura como si fuese un patito deslizándose por entre la luz de dorada agua, hacia adelante.

Tras el encanto, entrábamos en el lugar entero del día. El de otros, no el nuestro. Las sacudidas del jeep constituían el acontecer más seguido. La madre cada vez recomendara celo con la ropita, pero la tierra era aquí la insensible. Uy, el muñequito monito, incluso estando en el bolso, se ensuciaba ya de sudor y polvareda. Los mil y mil hombres trabajaban: haciendo la poesía grande.

Mas, el tucán, sin falta, tenía la insolencia de sobrevivir, todos ahí lo conocían, al rayar la aurora. Hacía más de un mes que eso comenzara. Primero, apareciera por ahí una bandada de unos treinta de ellos, bullangueros, pero siendo casi mediodía, entre diez y once. Solo aquel se quedaba, con todo, para cada amanecer. Con los ojos tardíos impregnados de sueño, el muñequito monito en el bolso, el niño presuroso se levantaba y bajaba al alpendre, de amar, animoso.

El tío le hablaba, con excedencia de agrado, sin gesto alguno. Salían — al hacerse las cosas. Toda la polvareda los envolvía. El muñequito monito, un día debía poder ganar algún otro sombrerito, de pluma alta; pero verde, del color de la corbata, tan sobresaliente, con que el tío, en camisa, ahora no estaba. El niño, a cada instante, era como si fuese solo una cierta parte de sí mismo, empujado, sin querer, hacia delante. El jeep corría por sendas de nunca acabar, siempre otras. Pero el niño, en su corazón más fuerte, declaraba, solo: ¡que la madre esté bien, que esté a salva!

Esperaba al tucán, que llegaba, justo, a tiempo, a punto, a las seis veinte de la mañana; permanecía erguido, en la copa de la tucanera, engullendo frutas, solo diez minutos, comidos y estipulados. Entonces partía, siempre con aquel otro rumbo, una pizca antes del medio instante en que el sol se arrebolaba redondo en la tierra; porque el sol llegaba a las seis y media. El tío medía todo con el reloj.

De día, no volvía a ahí. ¿De dónde venía y moraba — de las sombras del bosque, lo impenetrable? Nadie sabía sus usos y costumbres verdaderas, ni los horarios certeros: ni los demás lugares, adonde iba encontrar comida y bebida, en lugares aislados. Pero el niño pensaba que debía ocurrir precisamente así — que nadie supiese. Él venía de lo diverso, nomás dónde. El día: el pájaro.

Entremedio, el tío, habiendo recién recibido un telegrama, no podía dejar de mostrar cara aprehensiva — el envejecimiento de la esperanza. Pero, entonces, fuera lo que fuera, el niño, callado consigo mismo, de únicamente amor obstinado, necesitaba repetirse: que la madre estaba sana y bien, ¡la madre, a salvo!

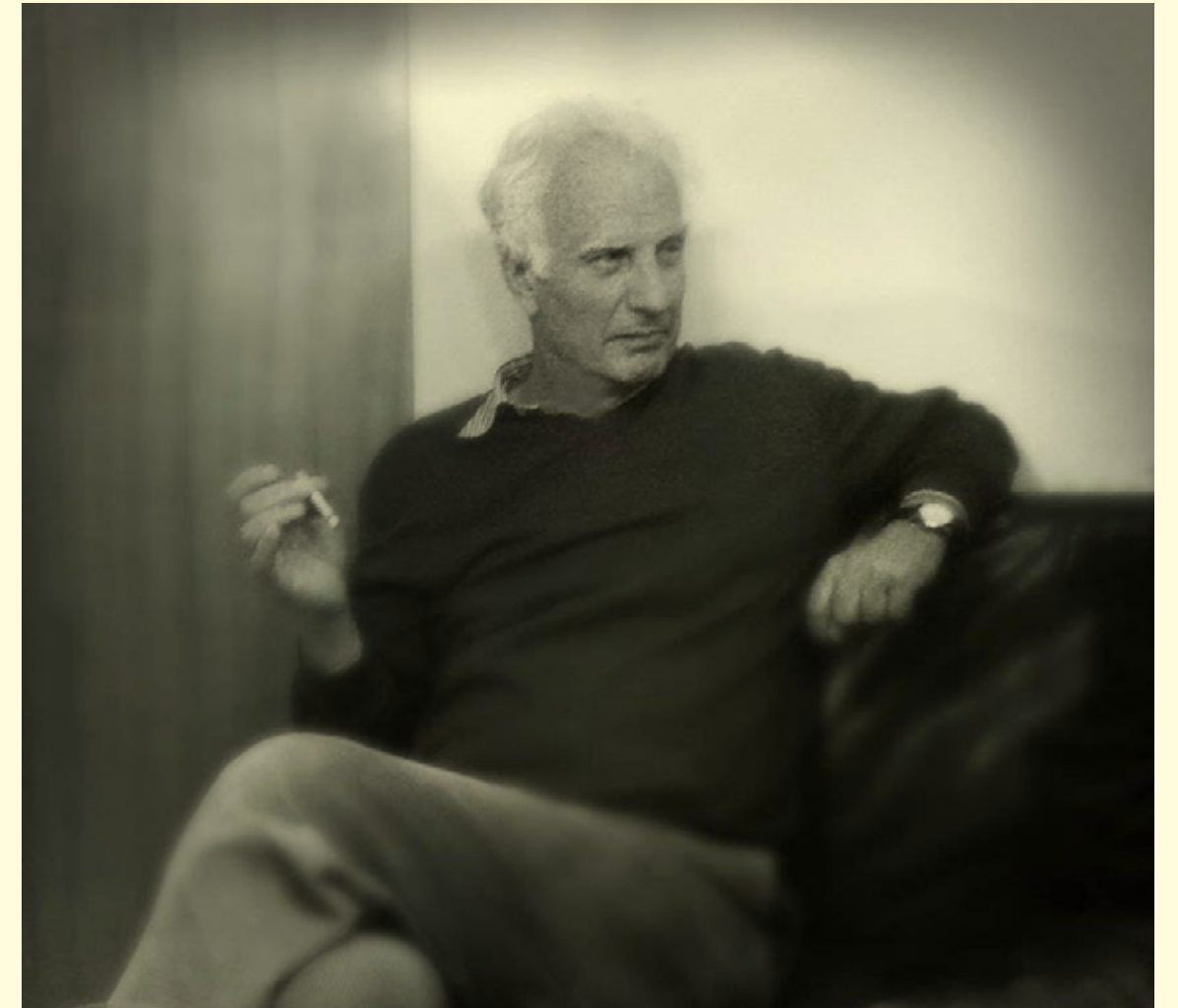
De repente oyó que, para consolarlo, confabulaban maneras de agarrar al tucán: con trampa, pedrada en el pico, tiro de escopeta en el ala. No y no — se enfadó, angustiado. Lo que cuidaba y quería: ese tucán no podía ser preso. La fina primera luz de la mañana, pero, con, dentro de ella, el exacto vuelo.

El hiato — lo que él ya era capaz de entender con el corazón. Al otro día. Ahí, cuando el pájaro, su despuntar, cada vez, era un jugueteo de gracia. Así como el sol: de aquella partecita oscura del horizonte, luego fracturada en fulgor y vuelta cáscara de un huevo — al término de la altiplana y oscura inmensidad del campo, por donde nuestra mirada avanzaba como un extendiendo un brazo.

El tío, mientras tanto, delante suyo, se detuvo sin decir palabra. El niño no quiso colegir peligro alguno. Dentro de lo que era, dice, redice: que la madre nunca hubiese estado en-

PARA DECIR UNA PALABRA, AL FIN, PARA COMENZAR

Werner Hamacher *



ferma, ¡que naciera siempre sana y salva! El vuelo del pájaro lo habitaba cada vez más. El muñequito monito casi se cayera y se perdiera: estando ya con la carita puntuda y medio cuerpo salidos del bolso, ¡intrigados! El niño no lo reprendiera. La vuelta del pájaro era emoción en envío, impresión sensible, un traslucir de corazón. El niño lo guardaba, fugaz, de memoria, en vuelo feliz, en el aire sonoro, hasta la tarde. Con lo que podía servirse para consolarse con, y desdolerse, para escapar de lo abierto de rigor — de aquellos días cuadriculados.

Al cuarto día llegó un telegrama. El tío sonrió, fuertísimo. ¡La madre estaba bien, sanada! Al siguiente día — luego del último sol del tucán — volverían a casa.

El momento desmedido.

Y, con poco, el niño miraba, desde la ventanita, las nubes de blanco fragmentado, la nada veloz. Entretanto, se demoraba en una saudade, fiel a las cosas de ahí. Del tucán y del amanecer, pero también de todo, en aquellos días tan peores: la casa, la gente, el bosque, el jeep, la polvareda, las noches de ahogo — lo que se afinaba, ahora, en el casi azul de su imaginar. La vida, incluso, nunca se detenía. El tío, con otra corbata, que no era la tan bonita, con apuro por llegar, miraba el reloj. Entrepensaba el niño, ya casi en la frontera soñolienta. Súbita seriedad le hacía una caricia más prolija.

Y, casi de un salto, se afligió: ¡el muñequito monito no estaba ya en su bolso! ¡No fuera que perdiera al monito compañero! ... ¿Cómo fuera posible? Luego lágrimas le brotaban.

Pero, entonces, el muchacho ayudante del piloto le trajo, de consuelo, una cosa: — “Mira lo que encontré para tí” — y era, alisado, el sombrerito rojo, de la pluma alta, que él, otro día, tanto había afuera arrojado.

El niño ya no puede más atormentarse con llorar. Sólo que el rumor y el estar en el avión medio que lo atontaban. Tomó el sobrerito solito, volvió a alisarlo, y lo puso en el bolso. No, el compañerito monito no estaba perdido, en el abismo oscuro del mundo, ni jamás. Seguro: él solo paseaba por ahí, por-acaso y por-venidero, en otra parte, donde las personas y las cosas siempre iban y venían. El niño sonrió de pura sonrisa, conforme a cómo de pronto se sentía: hacia fuera del caos pre-inicial, vuelto al estallido de una nebulosa.

Y era, de súbito, lo inolvidable, que podía atravesarse, calma incluida. Duró una nonada, como se deshace un hilo, y que, comúnmente, en nosotros, no cabe: paisaje, y todo, fuera de quicio. Como si él estuviese con su madre, sana, a salvo, sonriente, y todos, y el monito con una corbata verde, bonita — en el alpendre del terrenito de los altos árboles... y en el jeep con sus buenos sobresaltos... y en todas partes... en el mismo instante único... la primera seña del día... donde asistían, en-tiempo-sobre-tiempo, al sol en su renacer y al vuelo, aún mucho más vivo, majestuoso y existente — en suspenso sin término — el tucán, que viene a comer frutillas en la cima dorada, en los altos valles de la aurora, allí junto a la casa. Nomás eso, nomás todo.

— “Llegamos, al fin” — dijo el tío.

— “Ah, no. Todavía no...” — respondió el niño.

Sonreía detraído: sonrisas y enigmas, suyos. Y venía, la vida.

* W. Hamacher y M. Ziegler, “Pour dire un mot, à la fin, pour commencer” (por decir, franco traslucine de M. Ziegler), in *Salut à Jacques Derrida*, Rue Descartes, revista del Collège Internationale de Philosophie, n° 48, París, abril de 2005, pp. 56 à 61. Que la proeza del franco traductor (Ziegler) no fuera sin más a “relevar”, lo atesta la decisión de Hamacher de co-firmar el textil entre ambos. (Hasta donde hay noticia, el texto en alemán, si aún pervive, permanece inédito).